

Luego, resueltos á morir de hecho,
 Todos los once juntos de cuadrilla
 Los caballos lanzamos al repecho,
 Cada cual solevado alto en la silla;
 Y aunque el fragoso cerro era derecho,
 Por la tendida y áspera cuchilla
 Llegamos á la cumbre deseada,
 De breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pié todos al momento,
 Que ya allí los caballos no prestaban,
 Que llenos de sudor, faltos de aliento
 No pudiendo moverse, ijadeaban:
 Donde sin dilacion ni impedimento
 Al lado que los indios mas cargaban,
 En un derecho y gran derrumbadero
 Nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente
 De arcabuces y piedras que os prometo,
 Que aunque llevó de golpe mucha gente
 Hizo el súbito miedo mas efeto:
 Y así remolinando torpemente,
 Les pareció, según el grande aprieto,
 Moverse en contra dellos cielo y tierra
 Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
 En nuestra ayuda algunos arribaron,
 Que deseosos de áspera venganza
 El daño y miedo en ellos aumentaron:
 Tanto, que ya perdida la esperanza
 A retirarse algunos comenzaron,
 Poniendo prestos piés en la huida,
 Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta
 Cargado de fardel ó saco guía;
 Cuál por lo mas espeso de la cuesta
 Arrastrando el ganado se metia;
 Cuál con hambre y codicia deshonestas
 Por solo llevar mas se detenia,
 Costando á mas de diez allí la vida
 La carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando
 Saqueados en parte y vencedores,
 La victoria y honor solemnizando
 Con trompetas, clarines y atambores:
 Al rumor de las cuales caminando
 Con buena guardia y diestros corredores,
 Llegamos al real todos heridos,
 Donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
 Por un áspero risco y monte espeso
 Se fueron á gran paso consolados
 Con el sabroso robo del suceso;
 Y adonde estaba el general llegados,
 Que sabido el desorden y el esceso
 Que rindió la victoria al enemigo,
 Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
 Del destrozado campo el remanente,
 A consultar las cosas del estado
 Llamó á la principal y digna gente:
 Donde después de haber allí tratado
 De lo mas importante y conveniente,
 Les dijo libremente todo cuanto
 Podrá ver quien leyere el otro canto.



CANTO XXIX

Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas; pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
 El amor de la patria, pues hallamos
 Que en razon nos obliga y necesita
 A que todo por él lo pospongamos!
 Cualquier peligro y muerte facilita:
 Al padre, al hijo, á la mujer dejamos
 Cuando en trabajo á nuestra patria vemos,
 Y como á mas parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido
 Las hazañas de antiguos señaladas,
 Que por la cara patria han convertido
 En sus mismas entrañas las espadas;
 Y su gloriosa fama han estendido
 Las plumas de escritores celebradas,
 Mario, Cassio, Filon, Cosdro ateniense,
 Régulo, Agésilao y el Uticense.

Entrar pues en el número merece
 Esta araucana gente, que con tanta
 Muestra de su valor y ánimo ofrece
 Por la patria al cuchillo la garganta,
 Y en el firme proposito parece
 Que ni rigor del hado, y toda cuanta
 Fuerza pone en sus golpes la fortuna,
 En los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en solos tres meses perdido
 Cuatro grandes batallas de importancia,
 No con ánimo triste ni abatido,
 Mas con valor grandísimo y constancia,
 Estaban, como atrás habeis oido,
 En consejo de guerra, haciendo instancia
 En darnos otro asalto; mas la mano
 Tomó diciendo así Caupolicano:

«Conviene, ó gran senado religioso,
Que vencer ó morir determinemos,
Y en solo nuestro brazo valeroso
Como último remedio confiemos:
Las casas, ropa y mueble infructuoso,
Que al descanso nos llaman abrasemos,
Que habiendo de morir todo nos sobra,
Y todo con vencer después se cobra.

»Es necesario y justo que se entienda
La grande utilidad que desto viene:
Que no es bien que haya asiento en la hacienda
Cuando el honor aun su lugar no tiene;
Ni es razon que soldado alguno atienda
A mas de aquello que vencer conviene,
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las casas y heredades.

»Así que, en esta guerra tan reñida
Quien pretende descanso, como digo,
Piense que no hay mas honra, hacienda y vida
De aquella que quitare al enemigo:
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo,
Pues no ha de haber partido ni concierto,
Sino solo matar ó quedar muerto.»

Oído allí por los caciques esto,
Muchos suspensos sin hablar quedaron,
Y algunos dellos con turbado gesto
Enarcando las cejas se miraron;
Pero rompiendo aquel silencio puesto,
Sobre ello un rato dieron y tomaron,
Hallando en su favor tantas razones
Que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo no esperando
Que otro en tal ocasion le precediese,
Aprueba á voces la demanda, instando
En que por obra luego se pusiese;
Siguió este parecer Purén, jurando
De no entrar en poblado hasta que viese
Sin medio ni concierto, á fuerza pura
Su patria en libertad y paz segura.

Lincóya y Caniomangue pues no fueron
En jurar el decreto perezosos:
Que aun mas de lo posible prometieron,
Segun eran gallardos y animosos;
También Rengo y Gualemo se ofrecieron,
Y los demás caciques orgullosos
Talcaguán, Lemolemo y Orompello,
Hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos pues en esto, y decretado
Segun que aqui lo habemos referido,
Tucapelo, que á todo habia callado
Con gran sosiego y con atento oido,
Después del alboroto sosegado,
Y aquel arduo negocio difinido,
Puesto en pié, levantó la voz ardiente,
Que jamás hablar pudo blandamente,

Diciendo: «Capitanes, yo el primero
En lo que el general propone vengo,
Por parecerme justo, y así quiero
Que se abraze y asuele cuanto tengo:
En lo demás al brazo me refiero,
Que si un mes en su fuerza le sostengo,
Pienso escoger después á mi contento
El mayor y mejor repartimiento.

»Y si algun miserable no concede
Lo que tan justamente le es pedido,
Por enemigo de la patria quede,
Y del militar orden escluidc:
Que ya por nuestra parte no se puede
Venir á ningun medio ni partido,
Sin dejar de perder; pues la contienda
Es sobre nuestra libertad y hacienda.

»Así que, yo también determinado
De seguir vuestros votos y opiniones,
Aunque parece un tiempo tan turbado,
Que nuevo nuevas causas y cuestiones,
Del natural honor estimulado,
Y por otras legítimas razones,
No puedo ya dejar por ningun arte
De echar del todo un gran negocio aparte.

»Ya tendreis en memoria el desafío
Que Rengo y yo tenemos aplazado,
Asimismo el que tuve con su tío,
Que quiso mas morir desesperado:
Viendo el gran deshonor y agravio mio,
Y cuánto á mi pesar se ha dilatado,
Quiero sin esperar á mas rodeo
Cumplir la obligacion y mi deseo.

»Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
Entre todas las gentes, pues se trata
Que conmigo ha de entrar en estacado,
Y así vanaglorioso lo dilata;
Mas yo de tanta dilacion cansado,
Pues que cada ocasion lo desbarata,
Pido que nuestro campo se fenezca,
Que no es bien que mi crédito padezca.

»Pues ya Peteguelén, viejo imprudente
Con apariencia de ánimo engañosa
A morir se arrojó entre tanta gente,
Por parecerle muerte mas piadosa;
Y así se me escapó mañosamente,
Que fué puro temor y no otra cosa,
Pues si ambicion de gloria le moviera,
De mi brazo la muerte pretendiera.

»También Rengo de industria cauteloso
Anda en los enemigos muy metido,
Buscando algun estorbo ó modo honroso
Que le escuse cumplir lo prometido;
Y debajo de muestra de animoso
Procura de quedar manco ó tullido,
Y para combatir no habilitado,
Glorioso con me haber desafiado.»

Así hablaba el bárbaro arrogante,
Cuando el airado Rengo, echando fuego,
Sin guardar atencion, se hizo adelante
Diciendo: «La batalla quiero luego,
Que ni tu muestra y fanfarron semblante
Me puede á mí causar desasosiego,
Las armas lo dirán y no razones,
Que son de jactanciosos baladrones.»

Arremetiera Tucapel, si en esto
Caupolicán, que á tiempo se previno,
Con presta diligencia en medio puesto,
La voz no le atajara y el camino;
Y con severa muestra y grave gesto
Reprehendiendo el loco desatino,
Por rematar entre ellos la porfía
Concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo señalado,
Que fué para de aquel en cuatro dias,
Nacieron en el pueblo alborozado
Sobre el dudoso fin muchas porfias:
Quién apostaba ropa, quién ganado,
Quién tierras de labor, quién granjerías;
Algunos que ganar no deseaban
Las usadas mujeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones
En un exento y descubierto llano,
Donde los dos indómitos varones
Armados combatiesen mano á mano,
Publicando en pregon las condiciones
Por el estilo y término araucano,
Para que á todos manifiesto fuese,
Y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia
Con gran gozo de muchos esperado,
Luego la bulliciosa compañía
Comenzó á rodear el estacado:
Era tal el aprieto que no habia
Arbol, pared, ventana ni tejado
De donde descubrirse algo pudiese,
Que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso,
Apenas del oriente habia salido,
Cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruido;
Por otra pues no menos orgulloso
Al mismo tiempo aparecer se vido
Al fantástico Rengo muy gallardo,
Ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas
De fuertes petos, dobles, relevados,
Escarcelas, brazales y celadas,
Hasta el empeine de los piés armados;
Mazas cortas de acero barreadas,
Gruesos escudos de metal herrados,
Y al lado izquierdo cada cual ceñido
Un corvo y ancho alfanje guarnecido.

Tenia, señor, la plaza á cada parte
Puertas como palenque de torneo,
Por las cuales el uno y otro Marte
Entran en ancho círculo y rodeo:
Después que con vistoso y gentil arte
Su término acabaron y paseo,
Airoso cada cual quedó á su lado
Dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio
Cual se requiere en actos semejantes,
Quitando todo escrúpulo y indicio
De ventaja y cautelas importantes,
Cesó luego el estrépito y bullicio
En todos los atentos circunstantes,
Oyendo el son de la trompeta en esto,
Que robó la color de mas de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes,
Que la tarda señal solo atendian,
Con bizarros y airosos continentes
En paso igual á combatir movian;
Y descargando á un tiempo los valientes
Brazos, de tales golpes se herian,
Que estuvo cada cual por una pieza
Sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos, de manera
Que aunque fueron pasados los primeros,
Si tal reparo y prevencion no hubiera
No llegara el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
El furor destos bárbaros guerreros,
Viendo el valor del mundo en ellos junto,
Y la encendida cólera en su punto?

Fué de tal golpe Tucapel cargado
Sobre el escudo en medio de la frente,
Que quedó por un rato embelesado,
Suspensos los sentidos y la mente;
Llegó Rengo con otro apresurado,
Pero salió el efecto diferente,
Que el estruendo del golpe y dolor fiero
Le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
Defendiendo á los hijos en su nido,
Como el airado bárbaro furioso,
Mas del honor que del dolor sentido:
Así, fuera de término rabioso
De soberbia diabólica movido,
Sobre el gallardo Rengo fué en un punto
Descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
Aquel furor y acelerado brio,
Que la ferrada maza irreparable
El grueso extremo descargó en vacío:
Fué el golpe aunque furioso tolerable,
Quitándole la fuerza el desvarío,
Que á cogerle de lleno yo creyera,
Que con él el combate feneciera.

Mas aunque fué al soslayo, el araucano
Se fué un poco al través desvaneciendo,
Al fin puso en el suelo la una mano,
Sostener la gran carga no pudiendo;
Pero viendo el peligro no liviano,
Sobre el fuerte contrario revolviendo,
Con su desenvoltura y maza presta
Le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
De los dos en valor al mundo raros,
La providencia, el arte, la destreza,
Las entradas, heridas y reparos,
Tanto, que temo ya de mi torpeza
No poder por sus términos contaros
La mas reñida y singular batalla
Que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba,
Y el golpear de un lado y de otro espeso,
Que el mas templado golpe no dejaba
De magullar la carne ó romper hueso:
El aire cerca y lejos retumbaba
Lleno de estruendo y de un aliento grueso,
Que era tanto el rumor y batería,
Que un ejército grande parecia.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo
Batiéndole de suerte la celada,
Que vió lleno de estrellas todo el suelo,
Y la cabeza le quedó atronada;
Pero en sí vuelto blasfemando al cielo,
Con aquella pujanza aventajada
Hirió tan presto á Rengo al desviarse
Que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto
Cargando á Rengo tanto la cabeza,
Que todos le tuvieron ya por muerto,
Y estuvo adormecido una gran pieza;
Mas del peligro y del dolor despierto
La abollada celada se endereza,
Y sobre Tucapel furioso aguija,
Que la maza rompió por la manija.

Mas viéndole sin maza en esta guerra,
Que en dos trozos saltó lejos quebrada,
La suya con desprecio arroja en tierra
Poniendo mano á la fornida espada:
En esto Tucapel otra vez cierra,
La suya fuera en alto levantada;
Mas Rengo, hurtando el cuerpo á la una mano,
Hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo,
Aunque era duro, en él quedo enterrado,
Y en este impedimento y embarazo
Fué Tucapel herido por un lado;
De suerte que el siniestro guardabrazo
Con la carne al través cayó cortado,
Y procurando segundar no pudo,
Que vió calar el gran cuchillo agudo.

TOMO I

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
El cual fué en dos pedazos dividido
Con la cresta de acero y la mollera:
El bárbaro quedó desvanecido,
Y por poco en el suelo se tendiera,
Mas el esfuerzo raro y ardimiento
Venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira:
Antes hacer cruda venganza piensa,
Y así lleno de rabia, ardiendo en ira
Acrecentada por la nueva ofensa,
Furioso de revés un golpe tira
Con la extrema pujanza y fuerza inmensa,
Que á no topar tan fuerte la armadura
Le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro, que no pudo
Salir del enemigo ya vecino,
Por lo cual arrojando el roto escudo
Valerse de los brazos le convino:
Tucapel, que robusto era y membrudo,
Al mismo tiempo le salió al camino,
Echándole los suyos de manera
Que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
Le llevaba ventaja en la braveza,
De diez, de seis, de dos él era el uno
De mas agilidad y fortaleza:
Llegados á las presas, cada uno
Con viva fuerza y con igual destreza,
Tientan y buscan de una y de otra parte
El modo de vencer la industria y arte.

Así que, pecho á pecho forcejando
Andaban con furioso movimiento,
Tanto los duros brazos añudando
Que apenas recibir pueden aliento;
Y al arte nuevas fuerzas ayuntando
Aspira cada cual al vencimiento,
Procurando por fuerza, como digo,
De poner en el suelo al enemigo.

34

Era cierto espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso,
Los rostros y los ojos encendidos,
El aliento ya grueso y presuroso,
El forcejar, gemir y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el día,
Ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña
Cargando recio deste y de aquel lado:
Rengo, con gran destreza y cauta maña
Recogido en su fuerza y reportado,
Su opinion y propósito sostiene,
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido
Le quiso rebatir el pié derecho;
Mas Tucapel á tiempo recogido
Lo suspende de tierra sobre el pecho,
Y entre los duros músculos ceñido
Le estremece, sacude y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo fácilmente
Dar fin al hecho y rematar la guerra,
Rengo que era diestrísimo y valiente
Hizo con fuerza pié cobrando tierra;
Y de rabiosa cólera impaciente
De un fuerte rodeon se desafierra,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

¡Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda,
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano mas gallarda
Que jamás gobernó bárbara espada!
Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone, si dejo destroncada
La historia en este punto, porque creo
Que así me esperará con gran deseo.

Fué Tucapel un rato descompuesto
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas:
Ambos corrieron á las armas presto
Rajando los escudos en astillas,
Con tempestad de golpes presurosos,
Mas fuertes que al principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentía,
Viéndolos en mil partes ya llagados,
Y la sangre que el suelo humedecia,
Los arneses y escudos destrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sino solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida
Cogiéndole al soslayo la rodela,
Que aunque de gruesos cercos guarnecida
Entró como si fuera blanda suela:
No quedó allí la espada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela,
Y un doble zaragüel de fiudo grueso
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
Que no diese en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que el roto escudo lejos arrojado,
De un furor infernal ya poseido,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.



CANTO XXX

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles

Cualquiera desafío es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Cuando no va el designio enderezado
Al bien comun y universal provecho;
Y no por causa propia y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y estacadas
Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío
Es de derecho y de costumbre usada,
Pues con el ser del hombre y albedrío
Juntamente la ira fué criada;
Pero sujeta al freno y señorío
De la razon, á quien encomendada
Quedó para que así lo corrigiese,
Que los términos justos no escediese.

Y el profeta nos da por documento,
Que en ocasion y á tiempo nos airemos;
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no pasemos:
Pues, dejados llevar del movimiento
El ser y la razon de hombres perdemos,
Y es visto que difieren en muy poco
El hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga y es verdad que sea
Impetu natural el que nos lleva,
Y por la alteracion de ira se vea
Que á combatir la voluntad se mueva,
La ejecucion, el acto, la pelea,
Es lo que se condena y se reprueba,
Cuando aquella pasion que nos induce
Al yugo de razon no se reduce.